

Vinaroz

SUPLEMENTO DEDICADO A YECLA - Sábado, 21 de diciembre de 1968 - Año XII - Núm. 85 - Segunda época



LA PURISIMA CONCEPCION,
Patrona de Yecla

Yecla, puerta de Murcia abierta a la región valenciana, abre sus brazos a Vinaroz, puerta valenciana asomada a Cataluña



Ilmo. Sr.
D. JOSE M. MARTINEZ SANCHEZ,
Alcalde de Yecla

En Yecla, provincia de Murcia, el Ayuntamiento iba a dedicar una de sus calles a Vinaroz, en recuerdo tricentenario del regreso feliz del grupo de yeclanos que habían permanecido en nuestra ciudad colaborando a su defensa contra los corsarios. Fue el jueves, día 12 de los corrientes, cuando la representación vinarocense, presidida por el Alcalde de la ciudad, se trasladó a aquella población murciana con una ilusión desconocida. A las seis de la mañana, en la oscuridad de la hora y temperatura fresca que convidaba a abrigarse, fuimos llegando los expedicionarios a la plaza Parroquial. En los semblantes, semidesvelados aún, se reflejaba aquella ilusión por nuestra marcha, impelidos por un agradecimiento nuevo hacia la lejana ciudad del norte de la provincia de Murcia, en la que, aquella tarde, Vinaroz iba a ser objeto de un cálido homenaje de recuerdo.

A las seis y cuarto emprendimos la marcha en el autocar. Mientras pasábamos por nuestras calles, dormidas todavía, rezamos a San Sebastián por el viaje que emprendíamos. El viva a nuestro excelso Patrono, con que acabó la oración, fue el incentivo para el comentario entre los de la expedición. Y Yecla se nos aparecía, lejanísima en la realidad geográfica y en la histórica. Nunca habíamos sabido de la gesta de los yeclanos por estas tierras nuestras, por una de estas jugarretas que suelen darse en los avatares por los que pasan los archivos, a través de las centurias. Y, a fé, que en Yecla era constante el recuerdo de Vinaroz, como pudimos comprobar en nuestra breve estancia en aquella ciudad.

La carretera, iluminada por los faros de gran número de camiones y coches en ruta, provocó el chiste de uno de nuestros pasajeros. "¡Pos, no corre poca gent a estes horas!" Y efectivamente, era así. Los sufridos servidores del volante estaban allí, aguantando el roncar de los motores, pugnando contra el peso del sueño en aquel amanecer, ayudados por el nutrido programa desgranado por

las emisoras de radio que hacían distraído el rodar por el asfalto. El camino iba siendo conocido todavía, cara a Castellón y Valencia. Una desviación de la general nos llevó a Burriana en donde se agregó a la comitiva, Consuelo Montoya, la Reina de nuestras Fiestas que fue saludada por el cálido aplauso de los viajeros. A las nueve de la mañana, llegamos a Valencia, tras una breve parada anterior para gustar un café calentito que aminoró el frío de aquellas horas. La capital valenciana iba desperezándose de la noche y sus calles hormigueaban con un movimiento febril comenzando el día de trabajo. En las afueras de la capital, el soberbio panorama del desvío del Turia nos recordó la tragedia de años atrás, para cuya repetición evitable se están llevando a cabo aquellas obras de enorme envergadura. La huerta valenciana nos ofreció la hermosura de sus cultivos, adornados todavía con alguna que otra barraca típica.

En Alginet hicimos nueva parada. Eran las diez y el bocadillo se hacía necesario. Entramos en un bar, abierto en la calle por la que cruza la carretera. En su interior, muchos huertanos, dando fin a su desayuno, comentaban el desastre futbolístico de la selección española en su encuentro de la noche anterior contra la de Bélgica. Era lo del día, pese a la innumerable cantidad de otras noticias como publicaba la prensa diaria que ya estaba en sus manos. El bocadillo fue degustado con fruición y, tras otro café, nuevamente al autocar para proseguir nuestra ruta.

A los pocos kilómetros recorridos, tras la parada en Alginet, dejamos la carretera para torcer a nuestra izquierda, camino a tierras desconocidas. A medida que íbamos avanzando, el paisaje se transformaba. A la verdeguante zona valenciana se sucedía la árida sequedad de unos terrenos que convidaban a la caza de la perdiz. Así pudimos ver a muchos cazadores que, escopeta al brazo, anda-

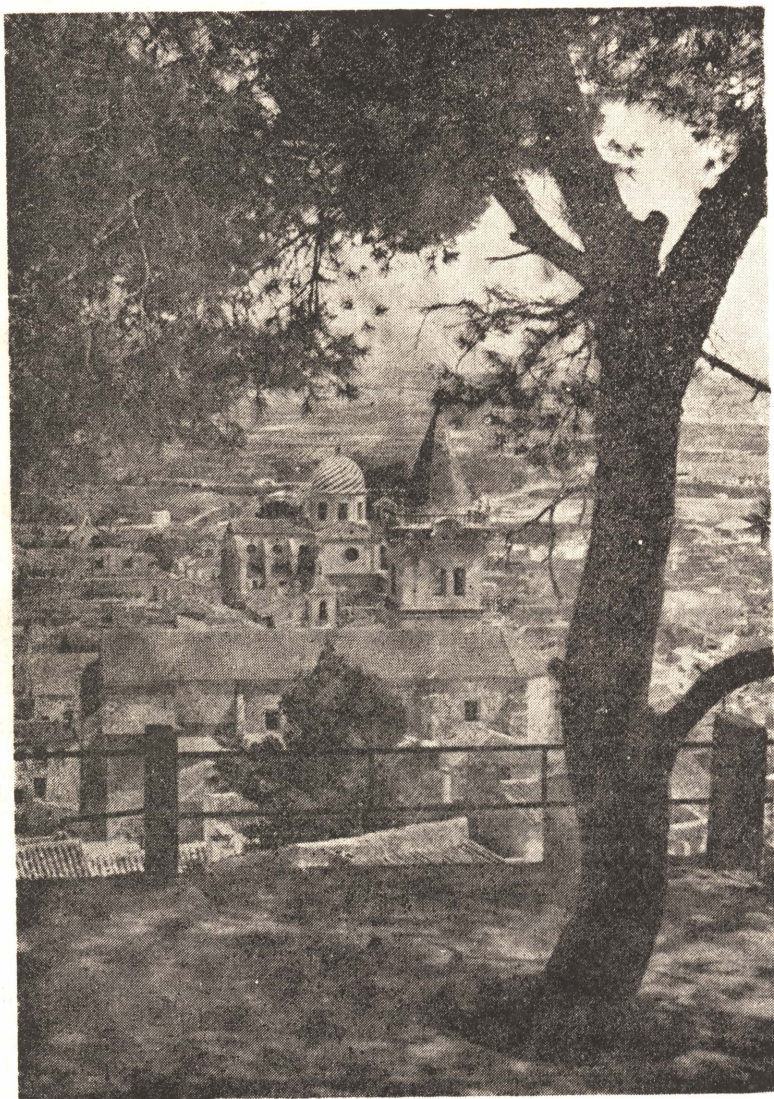


Vinaroz hace acto de presencia en Yecla

ban atentos a la búsqueda que hacían los perros oteando el horizonte y sacudiendo matorrales. Interminables zonas pardas, plantadas de añosos viñedos. Viejos pueblos enseñando sus castillos semiderruidos por el paso de los tiempos. Caudete, con la visión de su artística Plaza de Toros. Y, alrededor de las doce, el rótulo de la carretera que anunciaba Yecla a pocos kilómetros. Subió nuestra ansiedad por el término del viaje que, hasta entonces, había transcurrido feliz y distraído por el paisaje visto y las canciones de nuestros viajeros jóvenes a las que hicieron coro seguro las voces de los que no lo éramos tanto.

Eran las doce y media del día cuando enfilamos la primera calle de Yecla. Desde un altozano anterior a la ciudad pudimos contemplar el soberbio espectáculo del apretado coserío yeclano, adosado a la ladera de un montículo presidido por el Castillo, en cuya Ermita se guarda la hermosa imagen de su Patrona la Virgen Inmaculada, y del que se alzaba imponente la cúpula de su Basílica, adornada con franjas blancas y azules, colores de la Virgen a la que está dedicada desde 1868 y de la que este año se cumple el primer centenario.

Tras un breve recorrido por el interior de la ciudad, a marcha lenta y durante el cual nuestros ojos se abrían ávidos de conocer y ver, llegamos a la plaza en la que está la Casa del Ayuntamiento. Allí, tuvimos la satisfacción de saludar a nuestro buena amigo José Valls, acompañado por su esposa y la del también amigo Dionisio Bueno.



Descendimos del autocar y el amigo Valls nos presentó a don Francisco Palao Molina, primer Teniente de Alcalde de Yecla que cumplimentó a nuestro Alcalde señor Balada y a su distinguida esposa, y a cada uno de cuantos componíamos el grupo representativo de Vinaroz. El señor Palao excusó la ausencia del Alcalde de Yecla, don José M.^a Martínez Sánchez, en aquellos momentos en Murcia por imperativos de su cargo, y nos fue presentando a los miembros de aquella Corporación Municipal que estaban acompañados por sus respectivas esposas. Tras los primeros saludos, subimos al salón de sesiones del Ayuntamiento, en donde, en animado coloquio con la representación oficial de Yecla, esperamos que nuestra Reina y Damas vistieran el traje típico local en un departamento contiguo al en que estábamos. A los pocos momentos, irrumpieron en el salón de Sesiones, nuestra Reina de las Fiestas y sus Damas de honor y la Reina Infantil de Vinaroz, señorita Valls, a las que cumplimentaron cariñosamente las Damas Yeclanas ataviadas con el traje local, de animado colorido y riqueza, y todos los asistentes al acto. Seguidamente, el Teniente de Alcalde, señor Palao, hizo sentar a su derecha al Alcalde de Vinaroz, don Francisco José Balada Castell, quien compartió el estrado con la Reina de las Fiestas de Vinaroz, la totalidad de los expedicionarios y la Corporación Municipal de Yecla. El señor Palao Molina hizo uso de la palabra para excusar la ausencia momentánea del señor Alcalde de Yecla y transmitir en su nombre y en el de toda la Corporación Municipal y pueblo yeclano, la afectuosa salutación y bienvenida a la ciudad de la representación de Vinaroz. Yecla, dijo, agradece esta venida de los vinarocenses por los lazos históricos que nos unen con vuestra ciudad, cuyo recuerdo se tiene aquí, desde el siglo XVII y que ha estado transmitido hasta nuestros días por este documento que, hace trescientos años, fue firmado en este mismo salón en el que nos encontramos todos y, por cuya determinación, el grupo de yeclanos al mando del Capitán Martín Zaplana se juramentaron para acudir a Vinaroz, como lo hicieron. A su regreso, sanos y salvos, tras su campaña por vuestras tierras, llegaron a Yecla en vísperas de la Inmaculada y nuestras fiestas tuvieron, en ello su origen, con carácter mariano, y han sido transmitidas a través de nuestras generaciones. Amigo señor Balada: considérese Alcalde de Yecla y los vinarocenses todos unos yeclanos más. Y aceptad las llaves de la ciudad, que con



el mayor afecto os ofrecemos. Las últimas palabras del señor Palao fueron subrayadas emocionadamente por todos nosotros y por los demás presentes con una salva de aplausos. Acallados éstos, el señor Balada, con disimulada emoción, manifestó al señor Palao que iba a permitirse el desmentirle, pues no era Yecla la que tenía que agradecer a Vinaroz, sino Vinaroz quien, a su vez, estaba obligado a efectuar este agradecimiento por la ayuda recibida de los yeclanos, en signo voluntarioso de hermandad y servicio, por la gesta del grupo comandado por Zaplana. En nombre, pues, de Vinaroz, agradezco a Yecla el gesto magnífico de aquellos sus hijos y el que, hoy, trescientos años después, sea Yecla la que abre sus brazos a los vinarocenses. Por ser hoy día laborable, no ha sido mayoritaria la representación vinarocense llegada hasta aquí, pero tened la seguridad de que nuestra reducida representación en cuanto a número está arropada por la unanimidad de los vinarocenses. Dice que el rasgo hermoso de Yecla no va a quedar en saco roto, pues ya el Ayuntamiento de Vinaroz tomó el acuerdo de dar el nombre de Yecla a una de sus calles, para que, en correspondencia a la de vosotros, sirvan ambas al deseo de estrechar lazos de amistad entre ambas ciudades que, si distantes en su geografía, han de constituir un solo afecto y un solo anhelo entre ambas poblaciones. Las palabras del señor Balada merecieron el entusiasta aplauso de todos los presentes.

Terminado el sencillo pero emocionante acto, los vinarocenses allí presentes, tuvimos renovada emoción al constatar la realidad histórica del acontecimiento que había motivado nuestra visita a Yecla. Fue con la visión y lectura de aquel viejo documento, guardado celosamente por los yeclanos, en el que se detallan los nombres y apellidos de todos los vecinos de Yecla que, hace trescientos años, se inscribieron voluntariamente para, al mando de Martín Zaplana, venir en ayuda de Vinaroz. Aquellos viejos folios, en nuestras manos vinarocenses, tuvieron empuje emocional difícil de describir. Estaban en ellos la voluntad yeclana de servicio a los vinarocenses y la nitidez de su empeño inicial. Los sellos reales troquelados en aquellos pergaminos nos parecieron perlas de inmerecido valor. Vinaroz y Yecla estuvieron unidas hace trescientos años por las fatigas de sus moradores en campañas defensivas, codo a codo. Vinaroz y Yecla, vuelven, ahora, tras estos siglos, a unirse afectivamente. Amigo lector, con aquel documento en nuestras manos, la emoción agarró nuestras gargantas.



Desde el Ayuntamiento y siempre acompañados por la Corporación Municipal yeclana, las distinguidas esposas de sus señores Concejales y las Damas yeclanas, los vinarocenses fuimos a la Basílica de la Purísima, soberbio templo, edificado en piedra blanca, con tres naves y crucero, digno de catedral. En el altar mayor, la imagen de la Patrona de Yecla, la Virgen Inmaculada, vestida con magnificencia y ostentando el bastón de mando municipal por ser Alcaldesa de Honor. Cada año, el siete de diciembre, dicha imagen es bajada a la ciudad desde la Ermita del Castillo, para ser festejada en recuerdo del feliz regreso de sus hijos yeclanos, tras la campaña de Vinaroz. Ante dicha imagen se cantó solemnemente Salve que los vinarocenses compartimos emocionadamente. A la salida de la Basílica, visitamos la Casa Municipal de la Cultura, en funcionamiento desde ya hace muchos años y en cuyo interior está el Archivo Municipal y la Biblioteca Pública con un fondo que sobrepasa los doce mil Volúmenes. En ella, también, hay un museo arqueológico y pudimos contemplar en unos de sus salones una magnífica exposición de pintura de los artistas yeclanos Julio Poveda y Miguel Palao con un total de treinta y seis óleos, acuarelas y dibujos a tinta. En el despacho del Director de la Casa de la Cultura, el Alcalde de Vinaroz fue invitado a firmar en el Libro de Honor de dicha institución cultural, compartida la invitación por don José Valls Pruñonosa y el cronista que esto escribe.

Vinaroz hace acto de presencia en Yecla

Salimos de la Casa de la Cultura y el frío yeclano se nos hizo sentir. Ello no fue óbice para que fuéramos a visitar la urbanización de una parte de la ciudad en la que existe un monumento dedicado al genial escritor Azorín, nacido en Monóvar y que, por haber estudiado el Bachillerato en el Colegio de los Escolapios de Yecla, siempre estuvo vinculado a dicha ciudad por lazos de afecto y asiduidad. Momentos más tarde, entramos en el Casino de Yecla, señorial y acogedor, en uno de cuyos salones se había dispuesto el almuerzo con que fuimos obsequiados. Tuvimos ocasión de degustar el gazpacho de Yecla, plato típico local de exquisito paladar y sabrosa condimentación. A los postres, el Teniente de Alcalde de Yecla, señor Palao, ofreció e impulsó al Alcalde de Vinaroz



cuerdan los de los expedicionarios de Martín Zaplana en honor de nuestra Patrona. Terminó el señor Ortuño con vivas a la Virgen del Castillo, a Vinaroz y a Yecla, que fueron estentóreamente contestados.

El Alcalde de Yecla, señor Martínez Sánchez, rubricó las palabras del señor



Ortuño, y al manifestar su satisfacción por la presencia de los vinarocenses en Yecla, dijo iba a abrazar al Alcalde de Vinaroz, para en ello, abrazar a todos los vinarocenses en signo de unidad y afecto. Al fundirse en abrazo apretado los dos Alcaldes, estalló otra salva de aplausos. El señor Balada manifestó su satisfacción por estar presente, como los vinarocenses que le acompañábamos, en aquel acto que hermanaba la amistad entre ambas ciudades que, si lejanas por la distancia, desde aquel momento estaban unidas por un solo afecto y un solo corazón. Dijo que Vinaroz había venido a Yecla no para recibir honores, sino para agradecer a los yeclanos el honor de su generosa ayuda a Vinaroz, tres siglos

la Medalla de Mayordomo de la Virgen del Castillo, gesto afectuoso que el señor Balada agradeció con unas palabras llenas de sinceridad que fueron muy aplaudidas, como lo fueron, asimismo, las intervenciones del Director de la Casa de la Cultura de Yecla, de don José Vallis Pruñonosa y de don Dionisio Bueno, llegado desde Villena momentos antes para asociarse a los vinarocenses. Terminada la comida, en la calle, estaba formada la representación de los Mayordomos de la Virgen con sus Pajes de Honor, Arcabuceros, y la Banda de Música. Se formó una comitiva, precedida por la Reina de las Fiestas de Vinaroz, Reina Infantil, Damas de Honor, Damas Yeclanas, representación de Vinaroz, Corporación Municipal de Yecla y numeroso público que emprendieron la marcha hacia la Basílica de la Purísima. El recorrido, a los acordes de airoso pasodoble interpretado por la banda de música, y el estruendo de los arcabuces disparando incansablemente, era para visto por la grandiosidad de su colorido. En la Basílica, se cantó la Salve, oficiando el Rvdo Sr. Arcipreste de aquélla. A la salida del templo y como antes de su entrada, volvieron a tronar los arcabuzazos, camino hacia la calle a la que iba a darse el nombre de Vinaroz. Durante este recorrido, tuvimos ocasión de ser cumplimentados por el Sr. Alcalde de Yecla, don José M.^a Martínez Sánchez que acababa de regresar de su viaje a Murcia y que se incorporó a la comitiva, presidiéndola con el Alcalde de Vinaroz, señor Balada.

Llegados a la calle escogida para ser rotulada con el nombre de nuestra ciudad, ante la lápida que iba a ser descubierta, don Miguel Ortuño, profundo conocedor de la historia local yeclana, pronunció un discurso denso en datos históricos acerca de la gesta de los yeclanos del Capitán Zaplana y destacó la cordialidad del acto de hermandad entre ambas ciudades que se estaba desarrollando y que eran, dijo, dos trozos de la España única, enlazados hace trescientos años. Yecla, hoy, en el año centenario de la consagración de la Basílica de la Purísima, se complace en volver a recordar, como cada año, el origen de estas fiestas marianas ambientadas, hogaño, con los arcabuzazos que nos re-



Vinaroz hace acto de presencia en Yecla



antes. Si hoy, dijo, os acordáis de nuestra ciudad, descubriendo esta lápida que perpetuará el nombre de Vinaroz entre vosotros, tened presente el emocionado agradecimiento de todos nosotros y de Vinaroz entero por este gesto vuestro, y, secundo con honda satisfacción a vuestro Alcalde y, con mi abrazo, recibid yeclanos todos, el abrazo de Vinaroz. Los aplausos de la multitud allí presente ahogaron las últimas palabras del señor Balada al abrazar al Alcalde de Yecla.

Anteriormente y tras el discurso pronunciado por el señor Ortuño, doña Carmen Ortega de Balada recorrió la cortina que cubría la lápida que daba el nombre de Vinaroz a aquella calle yeclana, mientras la banda de música interpretaba el Himno Nacional y se disparaban los arcabuces de los Mayordomos, entre un entusiasmo indescriptible.

Terminado el acto, los centenares de yeclanos allí presentes despidieron a los vinarocenses con inacabables salvas de aplausos en medio de una emoción incontenible. El frío contumaz de la hora que azotaba los cuerpos con saetas afiladas, casi se hacía imperceptible ante tanta cordialidad y afecto demostrados espontáneamente.

Desde el lugar, nos trasladamos, siempre acompañados por el Alcalde de Yecla, Corporación Municipal y Damas Yeclanas, a la Cooperativa de la Purísima, que data de 1954 y, en sus espaciosas naves pudimos contemplar las modernas instalaciones para la vinificación, con una capacidad de 200.000 hectolitros de vinos de diferentes tipos: claretillos, rosados, ojos de perdiz Rubí, clarete tipo Yecla, medio color y tintos doble pasta, con graduación que alcanza desde los 13 a los 20 grados. Este año entraron en la Cooperativa 20 millones de kilos de uva, lo que constituye un poco más de la mitad de la producción local. El año pasado, entre vino embotellado y granel, salieron de dicha Cooperativa hasta los 15 millones de litros de vino. Tras la detenida visita a las instalaciones y medios de producción, fuimos generosamente obsequiados con degustación de las distintas especialidades vinícolas, capaces de satisfacer al gusto más depurado y exigente. Al abandonar la Cooperativa, el frío yeclano nos pareció menor. Por la dirección de la Cooperativa, cada uno de los visitantes vinarocenses fuimos obsequiados con sendas botellas de Yecla, gentileza que agradecemos cumplidamente.

Desde la Cooperativa Agrícola La Purísima, fuimos a la Exposición permanente de Muebles de la firma "Muebles Cinchilla", magnífica y soberbia instalación que no se mejora en cualquiera de las primeras capitales españolas. En ambas plantas de la exposición, con una superficie extraordinaria, enorme variedad de muebles de todos los estilos y categorías, abundando los de artesanía pura. Una verdadera maravilla, demostrativa del alto grado alcanzado por la industria yeclana del mueble.

La tarde había vestido sus primeros ropajes nocturnos y el regreso a Vinaroz acuciaba. Retornamos a la Casa del Ayuntamiento en la que la Reina de nuestras Fiestas y sus Damas de Honor cambiaron de trajes. Mientras tanto, los amigos de Yecla, siempre atentos, nos llevaron a "La Zaranda", establecimiento típico local, en la que su dueño don José Santa Marco saludó a nuestro Alcalde y, en su persona, a todos los vinarocenses. En "La Zaranda", ambientada acertadamente, un mural contiene la relación de las tapas que allí pueden degustarse y cuya nomenclatura originalísima convida al consumo de las mismas para saber

en qué consisten, ya que, por sus nombres escritos, están en un interrogante que atosiga la curiosidad. Algo verdaderamente original que, una vez comprobado, queda plenamente justificado por la exquisitez del servicio y el riego adecuado que se le puede dar con los caldos yeclanos de categoría superior. Un obsequio más que agradecer a las Autoridades yeclanas, siempre, a lo largo de las horas pasadas en su agradable compañía, atentas a complacernos solícitamente. De regreso a la Casa del Ayuntamiento, ya en compañía de la Reina de las Fiestas y sus Damas que se nos habían reunido en "La Zaranda", llegó la hora de los despedidos. Estos fueron cordialísimos, y los expedicionarios vinarocenses recibimos allí el delicado obsequio de las Autoridades en unos productos típicos de la localidad.

El Alcalde de Yecla, con sus compañeros de Corporación, concretaron con nuestra representación las jornadas que el próximo año se celebrarán en ambas ciudades de confraternización y con sus respectivas esposas, saludaron a los visitantes vinarocenses con verdaderas muestras de cordialidad y afecto, a las que correspondimos tal como merecían. El autocar, motor en marcha, esperaba. Nos dolía abandonar la amable compañía de los yeclanos a quienes tantas atenciones debíamos a lo largo del día pasado en su compañía. Allí quedaron aún, los amigos Valls y Bueno con sus esposas y la Reina infantil vinarocense. Un joven yeclano, junto a nuestro chofer, indicaba el camino a seguir, por el interior del casco urbano hasta enfilar la carretera, camino de nuestro regreso. Nuestros vítores a Yecla se entremezclaron con los dedicados a Vinaroz por los amigos que allí quedaban; pues que amigos son ya para nosotros todos los yeclanos que tanto hicieron para que nuestra estancia entre ellos fuera de grato recuerdo.

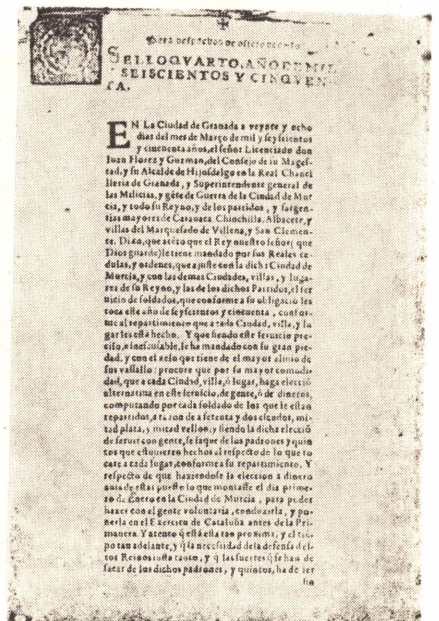
Por fin, la carretera abierta a la oscuridad de la noche y que iba a devolvernos a nuestra ciudad. Atrás quedaba Yecla, esta bella ciudad del norte de la provincia de Murcia, que alcanza los veintidós mil habitantes, rica en producción agrícola y próspera en el aspecto industrial. Llena de encanto tradicional como lo demuestran sus Mayordomos, vestidos a antigua usanza con frac negro y tocados con el bicornio y que, en sus fiestas tradicionales, disparan incesantemente sus arcabuces en salvas de pólvora estruendosas, como pudimos comprobar para nuestro regocijo. Allí quedaba Yecla, la ciudad que, hace trescientos años, enviara un nutrido grupo de sus mejores hijos a Vinaroz en ayuda de nuestras gentes contra los corsarios. Allí quedaba, en una de las calles yeclanas de más reciente apertura, la lápida que daba el nombre de Vinaroz a aquel trozo de la ciudad de Yecla. Nosotros regresábamos a casa; a nuestro querido Vinaroz, contentos por la alegría de la jornada, satisfechos y agradecidos por las mil atenciones con que se nos había distinguido, pero sintiendo la marcha que iba a poner centenares de kilómetros de distancia entre aquellos buenos amigos yeclanos y nosotros. El arco distendido de la distancia vendrá a suplir lo tenso del alejamiento entre ellos y nosotros, por la renovación del recuerdo histórico de aquel 1650 en que nuestra ciudad recibiera la presencia física de los yeclanos de Zaplana.

Los faros del autocar hendían la oscuridad de la carretera, haciendo que los árboles corpulentos a orillas de la misma nos parecieran fabulosos gigantes en alocada huida. Pasaban villas y ciudades de desconocida toponimia. Las canciones de nuestros expedicionarios ponían eco al trepidar del motor que impulsaba el autocar y el viaje seguía, con el regusto del recuerdo de tanta demostra-

ción de afecto y de tanta atención recibida. La noche había cerrado sus puertas a la luz y el horizonte que podíamos divisar, a través de las ventanillas, dejaba ligeros resquicios por los que se filtraban las lejanas lucecitas de pueblos y villas que íbamos dejando atrás. Animación viajera en forma de discursos improvisados que alegraban el momento y ponían nota de humor a la aridez del retorno, entremezclados con canciones de carácter local, sin que se olvidaran las "ye-yés" que, por algo iba con nosotros una preciosa parte de nuestra juventud. Hasta que, al filo de las once, hicimos parada en Alcudia de Carlet para efectuar la cena. Tras ella, otra vez al autocar, para cubrir la última etapa de nuestro viaje. A poco, Valencia, esta vez dormida ya, con sus calles enojadas anunciando con sus iluminaciones la proximidad navideña.

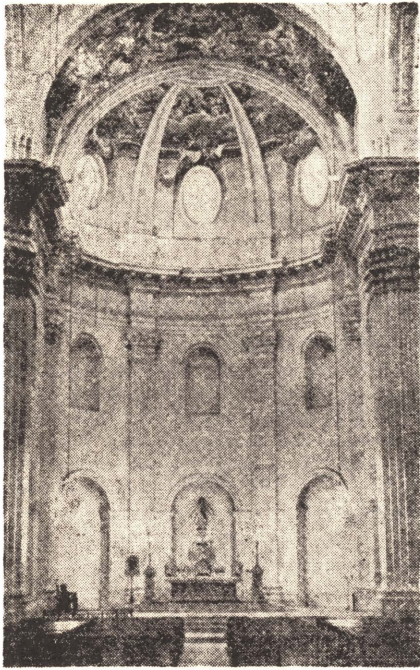
Camino de Castellón, desviamos hacia Burriana en donde dejamos a Consuelo Montoya, que iba a ganarnos en las horas de descanso anteriores a la jornada de mañana. Una última parada en Oropesa para degustar otro café y enfilamos la carretera hacia Vinaroz, a cuya plaza Jovellar llegamos alrededor de las cuatro de la madrugada. El viaje había terminado felizmente. Pero, en el recuerdo, quedarían las horas vividas a lo largo viajero y en la ciudad de Yecla; las de esta última, como algo que no habíamos de olvidar por tantas amabilidades recibidas y por el sincero afecto demostrado por los buenos amigos, recientes en la realidad, pero tricentenarios en el recuerdo histórico, de quienes quedaron en Yecla sintiéndose unos vinarocenses más. Muchas gracias, amigos de Yecla.

MANUEL FOGUET



Vinaroz hace acto de presencia en Yecla

Cuento incompleto



—Dinos un cuento abuelito
—dicen ansiosos los nietos—
—Dinos un cuento bonito,
porque no tenemos sueño.
El viejecito sonríe
comenzando así su cuento:
—Hace muchos años, muchos,
tantos que ya no me acuerdo,
hubo una guerra terrible...

—¿Pero tú vivías, abuelo?
—dice una niña, riendo—
—No, por Dios —contesta el viejo—,
eso fue muchísimo antes
de que naciera mi abuelo;
pero sigo con el cuento.
Ante aquella situación
de guerrillas y denuestos,
un buen grupo de yeclanos
al mando de un jovencuelo
que Martín Zaplana llaman,
se alistaron al momento
marchando hacia Vinaroz
donde se hallaba el "jaleo".
—¿Y qué les pasó, abuelito?
—pregunta uno de los niños
con los ojos ya de sueño—
—Que transcurrió mucho tiempo
y siempre esos yeclanos
guerraron con denuedo;
que vencieron en la guerra
y ninguna baja hubieron,
regresando todos ellos
al mando ya de Zaplana,
capitán de aquellos tercios.
El pueblo les vio llegar,
y todos les recibieron
como hijos predilectos,
título que merecieron;
y entre gritos jubilosos
al Santuario subieron,
dando gracias a la Virgen,
Patrona de nuestro pueblo,
disparando sus mosquetes
con redoble de tambores
y aclamaciones sin cuento.
Después...
Pero los niños se han dormido
y aquí acabó su cuento.



Lector ausente:
Si quieres ver "algo bueno",
visita Yecla estos días
y saldrás muy satisfecho
al conocer el "después",

realidad de nuestro cuento.
SIRO LOPEZ SANJUAN
(De la revista "Programa", editada por
el Excmo. Ayuntamiento de Yecla,
1968.)

Yecla en el centenario de su Basílica

EL AÑO CENTENARIO

Los cristianos de Yecla, comenzamos un año de gran interés: el centenario de nuestra Basílica.

El 30 de noviembre de 1968, Yecla inauguraba lo que iba a ser el corazón de su religiosidad. Colocada en el centro geográfico, coronada con cúpula gigante y asentada sobre formidables pilares de piedra, la Basílica de la Purísima es el centro de convergencia de todo lo religioso, el gran imán de este pueblo "imantado en la Religión".

Para celebrarlo, el 30 de noviembre de 1968, nuestro señor obispo, don Miguel Roca Cabanellas, en la misa concelebrada sobre su altar mayor, recién consagrado, ha inaugurado el AÑO CENTENARIO.

¿Qué debe ser el año centenario?

No puede ser sólo un año de recuerdos, una mirada al pasado. Los cien años, recién cumplidos, no puede ser un número de vejez, sino de nueva juventud.

El año centenario debe ser un año de renovación, de actualización de nuestra vida religiosa. Debe estimularnos a vivir con nueva profundidad nuestro cristianismo. Debe ayudarnos a vivir de tal modo nuestro presente, que pongamos sólidos fundamentos a la cristiandad yeclana de los próximos cien años.

Está encuadrada esta celebración en una gran coyuntura de la Iglesia universal. Vivimos el gran momento del posconcilio. En toda la Iglesia se realiza un gran esfuerzo de renovación, de diálogo con todos los hombres, de consagración del mundo.

¿Por qué no ser los cristianos de Yecla, pioneros de esta Iglesia que el Espíritu engendra hoy?

Si Yecla ha tenido durante estos cien años, la expresión religiosa que convenía a cada momento, ¿por qué no tenerla hoy?

En Yecla llamamos a nuestra Basílica "la Iglesia Nueva". ¿No debe ser este nombre una consigna permanente? El primer centenario de la Iglesia Nueva, debe poner en marcha esta Iglesia nueva que el Concilio engendró.

Claro que una Iglesia nueva exige mucha fe: Porque en la Iglesia la novedad, para que sea de Dios, debe ser autenticidad, debe ser vuelta al Evangelio. Y esto exige una gran calidad sobrenatural, una actitud de fe profunda.

Una Iglesia nueva exige tenacidad. Porque no es fácil enderezar lo torcido, actualizar lo añejo, hacer entender lo nuevo. Sólo hombres tenaces pueden hacerlo.

Una Iglesia nueva exige entusiasmo. Para no cansarse, para seguir ilusionados a pesar de las dificultades, para comprender a quienes no comprenden, para aumentar en camino a los decididos.

Pero son precisamente la fe, la tenacidad y el entusiasmo el gran mensaje de nuestra Iglesia nueva, según Azorín: "La inmensa cantidad de energía, de fe y de entusiasmo, empleada durante un siglo para levantar esta Iglesia."

Por eso, quienes dirigimos vuestra vida religiosa en el año centenario, estamos plenamente seguros, de que un pueblo que fue capaz de levantar semejante Basílica hace cien años, sabrá también hoy construir la cristiandad que en ella se cobija.

Renovación, actualización, autenticidad. Estos son los objetivos a cubrir en este año centenario.

Esperamos que la Virgen Purísima, a quien tanto queremos en Yecla, nos ayude a lograrlo en este año.

AZORIN Y LA BASILICA

En este 30 de noviembre de 1968 se cumple el centenario de este grandioso Templo de nuestra ciudad, coronado por la original e impresionante cúpula bicolor que da carácter a nuestro pueblo. Y coincide también en este año, el primer aniversario de la muerte de José Martínez Ruiz. No digo de la muerte de Azorín porque el acontecimiento del año pasado fue la muerte corpórea del Hombre; el nombre literario, con que voluntariamente se bautizó para ingresar en primera fila del mundo de las letras, fue tomado de las genealogías de nuestro pueblo, para hacer su bautizo de adhesión más íntimo, ya que a nuestras genealogías pertenecía por su sangre.

Es Azorín, precisamente, quien primero y con el carácter universal de su prosa, lleva a la obra literaria la descripción de nuestro Templo de la Purísima. La obra le impresionó por su grandeza y su magnitud; por el esfuerzo de los hombres de Yecla que la levantaron. Cree Azorín que estos grandes monumentos son productos de la Fe, esta fe de las viejas edades, este espíritu medioevo que tuvo por centro a Dios, que lo llenaba todo, que lo empapaba todo y que parecía poner en los hombres fuerzas sobrenaturales. El Maestro contempla un pueblo fervoroso que realiza la gran empresa; y desde el prólogo de "La Voluntad" nos dice con todo pormenor: "El pueblo presta sus yuntas y sus carros; los ricos ceden las maderas de sus pinares; dos testadores legan sus bienes a las obras. Entre tanto, los arcos van cerrándose, los botareles surgen gallardos, los capiteles muestran sus retorcidas volutas y finas hojarascas. DE ENERO A JUNIO 18.415 PIES CUBICOS SON TALLADOS EN LAS CANTERAS. Los veintinueve carpinteros de la ciudad trabajan gratis en la obra. Y mientras las campanas voltean jocosas, la multitud, arrastra en triunfo enormes bloques de seiscientos arrobas."